

Selby Wynn Schwartz
Después de Safo

Traducción de Aurora Luque

Alianza editorial

Título original: *After Sappho*

Publicado por primera vez en 2022 por Galley Beggar Press Limited.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Selby Wynn Schwartz, 2021

El derecho de Selby Wynn Schwartz a ser identificada como la autora de esta obra ha sido confirmado por ella de acuerdo con la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.

© de la traducción: Aurora Luque Ortiz, 2023

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-444-2

Depósito legal: M. 23.841-2023

Printed in Spain

A tutte voi che siete Lina Poletti

lo que significa: a todas las que sois Lina Poletti

Los problemas de Albertine son (desde el punto de vista del narrador)

1. mentir
2. lesbianismo

Y desde el punto de vista de Albertine

1. estar prisionera en la casa del narrador

Anne Carson, *Albertine*

PRÓLOGO

Safo, *circa* 630 a. C.

Lo primero que hicimos fue cambiarnos de nombre. Nosotras íbamos a convertirnos en Safo.

¿Quién fue Safo? Nadie lo supo, pero tuvo una isla. Se adornaba con guirnaldas de chicas. Podía sentarse a cenar y mirar con franqueza a la mujer que amaba, por infeliz que fuera. Cuando cantaba, todo el mundo lo decía, era como si una tarde a la orilla de un río te hundieras en el musgo y el cielo se derramara sobre ti. Todos sus poemas eran canciones.

Leímos a Safo en la escuela, en clases consagradas a enseñar nada más que la métrica del verso. De entre nuestros maestros, poquísimos pudieron imaginar que nos estaban inundando las venas de casia y de mirra. Con sus voces ásperas seguían explicando el aoristo mientras que sentíamos, dentro de nosotras, tiritar en la luz las hojas de los árboles, y todo salpicado de sol, todo tembloroso.

Éramos tan jóvenes que por aquel entonces no nos habíamos encontrado. En los jardines traseros leíamos todo lo que podíamos y nos manchábamos los vestidos de barro y de resina de pino. A algunas, nuestras familias nos enviaron a remotos colegios para que nos refinaran y pudiéramos así alcanzar el desenlace apropiado. Pero no era ese nuestro desenlace. Apenas si fue nuestro comienzo. Cada una se recreaba en su propio entorno, buscando en los fragmentos de poemas palabras para decir qué podía ser esto, este sentimiento que Safo llamaba *aithussomenon*, el modo en que las hojas se mueven cuando no las toca otra cosa que el sol de mediodía.

En aquella época no teníamos nombre, y por ello apreciábamos cada palabra sin que nos importara cuántos siglos llevaba muerta. Al leer sobre los ritos nocturnos de las *pannuchides* nos desvelábamos la noche entera; el exilio de Safo en Sicilia hizo que girásemos nuestra vista hacia el mar. Comenzamos a escribir odas a las flores del trébol y al arrebol de las manzanas o a pintar sobre lienzos que volvíamos de cara a la pared al menor ruido de pasos. Una mirada de soslayo, una media sonrisa, una mano que reposaba en nuestro brazo justo por encima del codo: no guardábamos aún en la memoria los versos para tales situaciones. O quedaban solamente fragmentos de los versos que hubiéramos podido aportar, en cualquier caso. De los nueve libros de poemas que Safo escribió sobreviven meros jirones de sus dáctilos, como en el fragmento 24 C: *vivimos / ... lo contrario / ... desafiante*.

UNO

Cordula Poletti, nacida en 1885

Cordula Poletti había nacido dentro de un linaje de hermanas que no la comprendían. Desde sus más tempranos días sintió atracción por los rincones extremos de la casa: el ático, la balconada, la ventana trasera que rozaban las ramas de un pino. El día de su bautizo se liberó de las mantillas que la envolvían y gateó por la nave de la iglesia. Fue imposible retener fajada a Cordula el tiempo necesario para darle un nombre.

Cordula Poletti, *circa* 1896

Siempre que podía sacaba una cartilla de latín de la Biblioteca Classense e iba a sentarse en un árbol cercano al cementerio. La llamaban en casa: ¡Cordula, Cordula!, y nadie respondía. Cuando encontraba las faldas de Cordula tiradas

por el suelo, la madre no ocultaba su desesperanza sobre sus posibles pretendientes futuros. ¿Qué ciudadano biempensante de Rávena querría desposar a una joven que se encaramaba a los árboles en paños menores? Su madre preguntaba por ella: ¿Cordula? ¿Cordula? Pero en la casa no había nadie que pudiera responder a esa pregunta.

X, 1883

Dos años antes del bautizo de Cordula, Guglielmo Cantarano publicó su estudio sobre X, una italiana de veintitrés años. X, de salud excelente, pasaba silbando por las calles y hacía feliz a una cascada de novias. Incluso Cantarano, que desaprobaba a X, tenía que admitir que era jovial y generosa. X sabía arrimar el hombro sin quejarse, hacía rugir de risa a todo un salón. No se trataba de eso. Se trataba de que X *no* era. X no era un ama de casa bien dispuesta. X permanecía impassible ante los bebés que berreaban, no quería vestir faldas que le estorbaran el paso, no sentía deseos de que la persiguiera el aliento ardiente de los hombres jóvenes, no acertaba a disfrutar de las tareas domésticas y no albergaba ni rastro de la modestia decorosa propia de la virginidad. Fuera X lo que fuera, escribió Cantarano, tenía que ser evitado a toda costa.

Así que a X se la encerró en un asilo y se aleccionó a las madres italianas para que observaran los indicios de la desviación de sus hijas. Incluso las que tenían pechos normales, advertía Cantarano, podían acabar siendo como X, cuyos genitales de apariencia normalizada no impidieron su intento de prenderle fuego, una noche a muy altas horas, a la casa familiar.

C— Poletti, *circa* 1897

Acalló las voces insistentes de su familia en el interior de la casa y se subió a su árbol. Desde su remanso de hojas contemplaba el cementerio. Las sepulturas de los poetas se mostraban coronadas de laurel y grabadas con versos gloriosos, mientras que las tumbas de la gente común enumeraban como únicos logros los nombres de los hijos fabricados o una afligida esposa. Tantas muertas a la hora del parto, observó, y tan pocas en naufragios.

Su mente era una maraña de odas líricas y verbos sin conjugar. Cada verso de Ovidio exigía desenredar qué objeto recibía la acción y de quién era la mano valiente que la cumplía. Cada epíteto, si se rastreaba hasta su fuente, revelaba lo divino moviéndose entre los bastidores de la vida humana: en su árbol había un gran murmullo de dioses, de búhos, de serpientes aladas. En cuanto terminaba su cartilla de latín seguía con el griego. Se quedaba despierta hasta muy tarde, venturosamente tarde. Era evidente que ella no era Cordula en absoluto.

Lina Poletti, *circa* 1899

A finales del siglo cambió de nombre. «Cordula» le sonaba en cierto modo a un manojo de cuerdas. «Lina» era una línea veloz y pulcra, una mano que roza una fila de botones. Sería Lina la que leería a Safo.

Lina vivía con su familia en la Vía Ratazzi, no muy lejos de la tumba de Dante. Una tumba es un lugar muerto en el suelo. Hay una roca en su cúspide, cubierta de leves mellas

que son palabras. Lina se desveló escribiendo hasta muy tarde versos para la tumba. No dedicados al propio Dante, que ya estaba muerto desde 1321, sino a las incisiones que las palabras hacen sobre las sustancias inmutables.

Esto sucedía muchos años antes de que supiéramos de Lina Poletti. En su infancia vivía sola, con las constelaciones del cielo de la noche como solas compañeras. El estribillo resonaba en su casa: ¡Cordula! ¡Cordula!, pero Lina escuchaba solamente el silencio de los astros. Finalmente aprendería a traducir a Safo sin ayuda de diccionario. Descubriría que era una de nosotras. Pero en esos años resultó ser un gran milagro que Lina, a diferencia de X, no le prendiera fuego a la casa familiar.

Lina Poletti, *circa* 1900

Con la mudanza de siglo, Lina Poletti sobrepasó a sus compañeras en las asignaturas clásicas, desde la declamación hasta el modo elegíaco. Además, se mantenía distante cuando las emparejaban para caminar a casa o se pasaban unas a otras apuntes de versos groseros. Lina marchaba sola a la Biblioteca Classense y tomaba nota de los variados usos del caso genitivo.

El genitivo es un caso que expresa relaciones entre sustantivos. A menudo el genitivo se identifica como «posesivo», como si el único modo en el que un nombre pudiera estar con otro fuera apropiándose de él ávidamente. Pero existe también, de hecho, el genitivo «de memoria»: allí donde un nombre está pensando en otro, rehusando olvidarla.

Safo, fragmentos 105 A y 105 B

Safo escribe sobre muchas chicas: sobre las dóciles que se recogen con modestia el cabello, sobre las que resplandecen como el oro y marchan de buen grado hacia el tálamo nupcial y sobre aquellas que *como el jacinto en la montaña los pastores / con sus pies pisotean*. Un libro entero de Safo contenía canciones de boda; como el jacinto en la montaña, ninguna ha sobrevivido.

A la joven que deseaba evitar que la pisotearan los pies de los hombres, Safo le recomienda la más lejana rama del árbol más alto. Siempre existen esas pocas de comportamiento inhabitual que, apunta Safo, *los cosechadores olvidaron / no, no la olvidaron: fueron incapaces de alcanzarla*.

El padre de Lina se había labrado un modo de vida vendiendo vasijas de barro. Con cuatro hijas que mantener, consideró la urgencia de sus casamientos como un trueque de géneros de mercería. Una prole tal de hijas era ya una carga en sí, y no había mercado para niñas que no fueran dóciles.

Cada vez que su madre la llamaba, ¡Cordula, Cordula!, para que bordara el ajuar de paños de su dote, Lina andaba por cualquier sitio: o estaba llegando justo al final de su primera cartilla de griego o se había instalado en un rincón remoto de la Biblioteca Classense o desde la ventana trasera se había sumergido entre la fronda del pino para leer poemas de otro siglo menos embozado en tantas telas.

Sabríamos pintar a Lina en esos años: sus botas altas y abotonadas, sus citas llenas de erudición. Por encima de sus botas casi no parecía que llevase faldas. Lina Poletti era así, sabía hacer que cosas visibles parecieran insignificantes y

poco dignas de atención. Tuvo sus propios métodos para escapar del siglo.

Safo, fragmento 2

Un poema clético es una invocación, un himno a la vez que una súplica. Se inclina con una reverencia ante lo divino, siempre centelleante en mil facetas, y al mismo tiempo lo interpela para preguntar: ¿Cuándo vas a llegar? ¿Por qué tu resplandor dista tanto de mis ojos? Dejas caer tus gotas a través de las ramas cuando dormito junto a las raíces. Te derramas como luz en la tarde y sin embargo te sigues demorando en no sé qué lugar, fuera del día.

Al invocar a alguien que es permanente pero que, aun así, se le ha de llamar urgentemente, desde una gran distancia, es cuando Safo recurre al término *aithussomenon*, ese temblar brillante de las hojas en el instante de la anticipación. Una poeta está viviendo siempre en tiempo clético, sea cual sea su siglo. Está invocando, está esperando. Se recuesta a la sombra del futuro y entresueña entre sus raíces. Su caso es el genitivo de memoria.

Lina Poletti, *circa* 1905

Lina Poletti luchó por ocupar una silla en la biblioteca. Luchó por fumar en el Caffè Roma-Risorgimento. Luchó por frecuentar tertulias literarias por las noches. Anudaba su corbata con dedos enérgicos y se exponía en público, una vez y otra, a las murmuraciones en la plaza Vittorio Emanuele II.

Se marchó, en contra de los deseos de su familia, a la Universidad de Bolonia. Estudió bajo el magisterio del apreciado poeta Giovanni Pascoli, que quedó sorprendido al descubrirla allí. La miraba de modo penetrante, aunque ella se sentaba resueltamente en la primera fila del aula con su pluma preparada. No había muchas mujeres que desearan escribir una tesis acerca de la poesía de Carducci. La gente siempre decía lo mismo sobre Lina Poletti: que estaban sorprendidos de encontrársela allí y que no había muchas como ella. Tenía ciertamente unos ojos llamativos, con cercos dorados alrededor de las pupilas. Parecía volátil, alquímica. Algo podía relampaguear a través de ella y cambiarlo todo. Como Sibilla Aleramo contaría más tarde, Lina era una ola violenta y luminosa.

DOS

Rina Faccio, nacida en 1876

De niña, Rina Faccio vivía en Porto Civitanova y hacía todo lo que se le mandaba hacer. Su padre le dijo que trabajara en la sección de contabilidad de la fábrica y ella lo aceptó. Tenía doce años, era obediente, su melena era larga y oscura.

En la fábrica se producían botellas de vidrio, millares a diario, que teñían el aire con un humo ferroso. Rina se encargaba de las cantidades, de cuánto sulfato de sodio se acarrea-ba hasta el horno sobre los hombros de cuántos *portantini*, los chicos que trabajaban ocho horas por un salario de una lira. No había escuela en Civitanova, así que Rina intentó ins-truirse a sí misma sobre cómo dar cuenta de todo esto.

Rina Faccio, 1889

En 1889 la madre de Rina le dijo, sin palabras, algo que nun-ca olvidaría. Estaba de pie en la ventana, mirando al exterior,

con un vestido blanco que pendía de sus hombros. Entonces, su madre, de repente, salió por la ventana. Se desplomó arrastrando el vestido como un trozo de papel. El cuerpo aterrizó dos plantas más abajo, plegado de una mala manera. Esto era lo que la madre de Rina Faccio tenía que decirle.

Nira y Reseda, 1892

«Nira» fue el primer cambio de nombre que hizo Rina. Quería escribir en periódicos locales de provincia, pero tenía miedo de que la descubriera su padre.

Cuando Rina Faccio llegó a los quince, maduró dejándose de anagramas. Escogió «Reseda» como nombre porque le recordaba el de *recita*, un verbo para actrices: significa «actúa en su papel, recita su parte». Cuando su padre despotricaba en el salón contra las opiniones de «esas desvergonzadas, fueran quienes fueran, que aparecían en la prensa», Rina Faccio alzaba la vista de su bordado tan blanca como si fuera una página nueva.

Rina Faccio, 1892

A pesar de haber recibido la advertencia muda de su madre, Rina no previó su destino. Sumaba y restaba obedientemente las cifras de la fábrica y mantenía los libros de cuentas organizados. Un hombre que trabajaba en la fábrica se movía en círculos a su alrededor. Tenía unas manos rudas que se aferraban como palancas y un aliento que le trepaba por la nuca. No lo vio hasta que los círculos se hicieron muy estrechos, y enton-

ces fue demasiado tarde. Su vestido ya estaba levantado. Gritó, pero solo la palma bruta de su mano alcanzaba a oírla.

Rina Pierangeli Faccio, 1893

En cuanto el padre de Lina se enteró de que ese hombre la había poseído, no quedaba otra cosa que pudiera hacerse más que traspasársela a él de palabra y por ley. Había artículos en las leyes italianas que obligaban a una hija a convertirse en esposa mediante la sola palabra de su padre. En concreto, el Artículo 544 del Código Penal era como una palanca de hierro que maniobraba con niñas de dieciséis años hasta situarlas en posición de casadas con los mismos hombres que las habían pisoteado.

Ese invierno Rina fue acarreada de una casa a otra, demacrada y aturdida. En la casa del padre de Rina, las dos hermanas se quedaron sentadas en silencio junto a sus bordados mientras que a la madre, o a lo que quedaba de ella, la recluyeron en el asilo de Macerata. No existían palabras para lo que había sucedido en la casa del marido al que ahora pertenecía Rina. Cuando Rina Pierangeli Faccio fue entregada a él junto a algunos muebles de salón, se corrieron las cortinas. Y cuando ella, en los primeros meses, abortó en medio de una febril precipitación de sangre, no preguntó el porqué. Pero sintió brotar dentro de ella un odio tumultuoso hacia la vida, esta vida, su vida.

El Código Pisanelli, 1865

Los políticos aclamaron el Código Pisanelli como un triunfo de la unificación de Italia. El nuevo Estado se sentía ávido de

crecer hasta su formación completa, estirándose a lo largo de toda la península para amparar a toda la población bajo sus leyes. Como dijo un estadista: hemos hecho a Italia, ahora tenemos que hacer a los italianos.

Bajo el Código Pisanelli, las mujeres italianas alcanzaron dos derechos memorables: podíamos dictar testamentos para distribuir nuestras propiedades tras nuestra muerte y nuestras hijas podían heredar cosas de nosotras. Lo que escribíamos antes de morirnos nunca se había mostrado tan importante como entonces. En Italia, algunas sopesábamos si podríamos legar a nuestras hijas algún modesto regalo que pudieran hipotecar a cambio de un futuro.

Rina, 1895

En 1895, entre ropa de lavar y moretones, Rina Faccio dio a luz al hijo de ese hombre. Era un varón. Cuando el crío cumplió dos años, ella tomó el frasco de láudano y sin decir palabra lo apuró hasta el fondo.

El láudano no mató a Rina Pierangeli Faccio, pero le puso fin a sus días de esposa dócil. La mujer que había sido hasta esa noche estaba muerta, dijo. El doctor le recetó descanso en cama, el marido le hizo reproches. Pero Rina solamente deseaba hablar con su hermana.

A menudo eso era lo primero que hacíamos cuando estábamos cambiando: encontrar a una hermana y quedarnos con ella tomando el desayuno en nuestro cuarto. O encontrar a alguna en su cuarto y quedarnos con ella, fingiendo que éramos hermanas si fuese necesario. Las amas de llaves solían abrir los ojos como platos, pero si nos imponíamos, se nos

serviría té con leche y tostadas en nuestra habitación sobre bandejas que abarcarían toda la extensión de nuestra cama.

Doctor T. Laycock, *Tratado sobre los desórdenes nerviosos de las mujeres*, 1840

Cuando escribía acerca de los trastornos nerviosos de las mujeres, el eminente doctor Laycock de York no se ahorró el dar cuenta de que cuanto más tiempo pasaban las jóvenes unas con otras, más excitables e indolentes se volvían. Esta condición puede afectar a las costureras, a las obreras de una fábrica o a cualquier mujer asociada con otras, sea cual sea su número.

En particular, advertía, las jóvenes no pueden reunirse unas con otras en las escuelas públicas sin que corran un riesgo severo de excitar las pasiones y de verse arrastradas a entregarse a prácticas nocivas tanto para el cuerpo como para el alma. Novelas, cuchicheos, poemas anónimos, cultura general, dormitorios compartidos: están leyendo las niñas en la cama y al momento ya están leyendo juntas. Lo que puede parecer un afecto de hermanas o un capricho de colegialas debe ser diagnosticado como el pernicioso antecedente de los paroxismos de la histeria. En medio de esas tensiones se contagian fácilmente unas a otras y pueden arrastrar a una catástrofe a familias enteras.

Enmienda al Código Pisanelli, 1877

Los derechos que no teníamos en Italia eran los mismos que no habíamos tenido durante siglos, y por eso no vale la pena enumerarlos. Pero en 1877, una modificación del Código Pi-